

DE BUENAS LETRAS

Ingrid

ARCADIO ORTEGA MUÑOZ
DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Ingrid llegó a Madrid procedente de aquel Oslo enigmático que señalan los mapas muy lejano, en el norte, acompañada siempre de Turin Jane, su amiga, con la necesidad imperiosa y buscada de ir perfeccionando el incipiente español que aprendieron, muy poco, en la escuela de idiomas del bello país nórdico, imprescindible y útil para hacer su trabajo como estenotipistas en el adusto y sobrio Parlamento noruego, ofreciendo en la clase, en el bar de la escuela, siempre que habló con alguien, la abierta alegría, recatada y honesta, de una chica del norte decente y cariñosa, que lucía unos ojos muy grandes, persuasivos, los más hondos y vivos que fueran contemplados por aquél que observaba sentado a otra mesa con un bloc en el mármol y una pluma en la mano, escribiendo los versos que le brindaba ella con la melena negra, brillante, azabachada, medida hasta los hombros, y la blancura excelsa de una

piel nacarada que acrisoló la vista de los tantos fiordos de azules muy profundos, reflejando los hielos que puso allí Dios padre con amor infinito para injertarle el sueño de los bosques umbríos, de las mágicas rías, la chimenea encendida y la nieve a gajos haciéndose carámbanos. Ella cumplía deberes con entusiasmo serio, los verbos y sus tiempos, las frases meditadas y una sonrisa alegre, juvenil, transitiva, cada vez que acertaba en decir la palabra exacta, perfecta y modulada, junto al quiosco verde del Parque del Retiro que está junto al estanque, en el Madrid de siempre, donde se reflejaba la tarde en su caída, los árboles frondosos y la nostalgia núbil de diecinueve años que ella esparcía buscando unas risas amables, compartidas, alguna frase suelta, y se volvía risueña para seguir hablando de verbos y adjetivos como si el tiempo fuera una carrera insomne que perdía cada tarde, hasta que a la mañana, en el

café diario coincidía con el joven del bloc, que la miraba, le sonreía lento, auscultando respuesta al brillo de sus ojos, esperando un signo que llegó en el instante que ella se acercaba para mirar la página esperando un dibujo, que sería su rostro, pero sólo había letras, palabras esparcidas con forma de poema que no podría leerlas por más que lo intentara. Surgió la decepción ensombreciendo el rostro, el chico la miraba de pie, ya frente a ella, la cogió de la mano y le entregó la hoja con gesto de amor puro, después de tantos días esperando el momento, la ocasión aplazada para urdir las palabras que no serían fáciles. Salieron a la calle con sensación de fiesta, se miraban gozosos obviando entendimientos distintos a la vista, a las breves palabras, por siempre incomprendidas, paseando y riendo cogidos de la mano, un beso en el portal y una entrega forzada por el tiempo y la urgencia de regresar a casa. Luego hubo otro día más lento, sosegado, multiplicado en gestos de amor y de cariño, de palabras noruegas ardientes al oído que sonaron a cuento de calor entre hielos y pasiones muy niñas que encontraban su cauce. Se despidieron serios, profundos, con las manos cogidas y la risa segeda, perdida en su destrozado cuando los altavoces dijeron la salida del avión de Oslo. Ella le dio un pañuelo y el nombre de su calle. Él le brindó el teléfono y un papel muy doblado que decía «te espero».